

Capítulo 52 - Deducciones Erróneas - Una Guía Práctica sobre Magia [Libros 1-4 Estrenados el 3 de Julio]

Damian

Décimo segundo mes, día 17, jueves, 9:00 a.m.

Damian había notado que Sebastien se volvía más distante en la última semana, negándose a unirse a él y a sus amigos en su grupo de estudio matutino, incluso cuando Damian le invitaba en persona. Sebastien desaparecía frecuentemente de los dormitorios y no ocupaba su lugar habitual en un rincón de la biblioteca.

De hecho, Damian apenas veía a Sebastien durante toda la semana fuera de las clases. Era como si Sebastien intentara alejarse de él, lo que le provocaba un dolor punzante y, aunque ridículo, insoportable en el pecho. Sabía que Sebastien no le tenía mucho cariño, lo cual era comprensible considerando cómo se habían conocido y las interacciones poco agradables que habían tenido desde entonces, pero no podía evitar sentirse frustrado por la facilidad con que aquel joven lo rechazaba. Le recordaba un poco a su padre. Quizá por eso Damian se fijó cuando vio a Sebastien apresurándose por las escaleras de la Ciudadela antes de su primera clase del jueves por la mañana.

Ninguna de las clases del primer trimestre se impartía en el segundo piso. Entonces, ¿por qué estaría Sebastien allí? ¿Estaría escondido en ese lugar?

Sebastien caminaba rápido, dirigiéndose de regreso a los dormitorios, aparentemente más concentrado en sus propios pensamientos que en el entorno que lo rodeaba, como solía hacerlo.

Damian miró la puerta de su clase de Historia de la Magia, luego la espalda que Sebastien se apresuraba a alejarse. Revisó la hora en su reloj de bolsillo. Solo quedaban unos minutos para la primera clase del día. Sabía que Sebastien tenía un profesor diferente en ese período, uno especialmente solicitado por el Profesor Lacer en lugar del mediocre profesor de su grupo, pero Sebastien no se dirigía a ninguna aula.

Eso significaba que estaba haciendo algo lo suficientemente interesante como para llegar tarde a clase.

Damian dudó solo unos segundos. Colocó su bolso de cuero en su hombro y, sin apartar la vista de Sebastien, dijo a sus amigos: “Tengo que hacer una cosa. Nos vemos luego.”

Le preguntaron, pero él ya se alejaba, en una maniobra brusca que había visto hacer a Sebastien más de una vez con cualquiera que no cumpliera con sus estándares de conversación inteligente. A su manera, Sebastien era tan arrogante como cualquier miembro de las Familias Nobles, aunque parecía despreciar a todos ellos.

Sebastien estaba tan apurado que chocó con Canelo, su enlace estudiantil femenina, pero afortunadamente ella estaba demasiado ocupada leyendo una carta hechizada para castigarlo.

Al pasar por Damian unos segundos después, la oyó susurrar con dureza: “¡Por todos los infiernos mayores! ¿Cómo se supone que—” Cerro los dientes, mirando fijamente el papel mientras seguía leyendo.

Damian la dejó en paz. Sus problemas no eran de su incumbencia. Lo que normalmente no le habría detenido de investigar por caballerosidad, pero en ese momento tenía algo más interesante en lo que concentrarse.

Entró suavemente en los dormitorios, deteniéndose frente al cubículo de Sebastien. Observó cómo Sebastien introducía en su cofrecillo de madera lo que Damian reconoció como componentes utilizados en adivinación. Pero Sebastien no cursaba una clase de adivinación; Damian sí, y nunca lo había visto en esa clase.

De repente, Sebastien giró la cabeza con rapidez.

Damian analizó las microexpresiones en el rostro de Sebastien: sorpresa, miedo, desconcierto, enfado.

Sebastien controló su reacción con una rapidez asombrosa, pero Damian había sido entrenado para la guerra social toda su vida, perfeccionando sus habilidades detectivescas además de eso. Ser capaz de leer lo que un sospechoso o testigo no decía en voz alta era fundamental para resolver cualquier caso.

Sebastien cerró de golpe su cofre de madera. “¿Qué deseas, Westbay? ¿No deberías estar en clase?” preguntó con cierta irritación.

Damien contempló admitir que había seguido a Sebastien por curiosidad, pero eso lo haría aún más desconfiado de ser investigado. Sus ojos se fijaron en la pila de revistas que le había prestado Sebastien, colocada en su mesita de noche, así que ideó una excusa absurda sobre saltarse la clase por pereza y charlar sobre la última entrega con Aberford Thorndyke, detective consultor.

Casi se sintió decepcionado cuando Sebastien no encontró eso sospechoso. ¿De verdad creía Damien que él era tan superficial? Claro, no era un genio prodigioso capaz de lanzar hechizos

curativos sin componentes, ni impresionaba a Thaddeus Lacer lo suficiente como para convertirse en su aprendiz, pero era uno de los mejores estudiantes de su clase—¡y además, poderoso y adinerado!

Sebastien estaba a punto de responder con una réplica igual de insustancial cuando algo captó su atención. Sus palabras se detuvieron y quedó mirando al aire con una expresión que podría ser de sorpresa o alarma. Era como si de repente recordara algo de suma importancia. Volviendo a la realidad, se apresuró a despedir a Damien con alguna excusa sobre tareas olvidadas y, en un gesto casi teatral, cerró la cortina de un golpe en el rostro de Damien.

Maleducado. Damien miró la cortina durante unos segundos, luego se dirigió hacia las puertas del dormitorio, asegurándose de pisar con un poco más de fuerza, en señal de enojo. Escuchó los sonidos característicos de Sebastien caminando de un lado a otro, lo cual definitivamente no era tarea, y esbozó una mueca de satisfacción.

Apuesto a toda su mesada mensual que Sebastien estaba a punto de lanzar un hechizo de adivinación. Probablemente el mismo que había estado practicando en secreto en alguna aula polvorienta en un piso superior.

Damien se detuvo justo en la esquina, cerca de los baños, y esperó a que la clase comenzara sin él. Solo unos minutos después, su paciencia y previsión dieron sus frutos cuando Sebastien salió apresuradamente de su habitación y, luego, del edificio. No se percató de Damien, y casi Damien tampoco de él.

Sebastien estaba lanzando alguna especie de hechizo de sigilo. No lo hizo invisible, sino que lo dejó simplemente como alguien que pasa desapercibido. Bastante como para que, si Damien no estuviera en alerta máxima y lleno de emoción, quizás hubiera ignorado la salida de Sebastien y esperado sin parar.

Una sonrisa nerviosa se dibujó en el rostro de Damien. “¡Esto es como en el Caso del Vigía que No Vigila!”, susurró. Dejando casi cien metros entre ambos para que Sebastien no lo notara, siguió al joven hasta la Torre del Águila, donde éste dudó unos segundos en el borde del bosque antes de esconder su ficha de estudiante y atravesar las puertas principales.

Damien entregó su ficha con creciente entusiasmo y trató de mostrarse tan seguro y confiado en su derecho a estar en la Torre del Águila como lo había hecho Sebastien.

Sebastien, claramente, nunca había estado en la Torre del Águila, porque Damien lo encontró detenido ante la puerta cerrada de la escalera. Damien dudó, pero decidió que sería más divertido—y menos probable que enfadara a Sebastien—si abandonaba el sigilo y se integraba en lo que él estuviera haciendo.

Había hecho un recorrido por el lugar con el Profesor Lacer cuando era más joven, por lo que sabía que usaban fichas metálicas especiales para acceder a la escalera y a las habitaciones del torreón central.

Casualmente, vio una ficha metálica abandonada sobre un escritorio en una oficina lateral vacía. A menudo, la negligencia humana hacía que medidas de seguridad fueran inútiles. Miró de un lado a otro para asegurarse de no ser observado y la deslizó en su bolsillo. Aunque fuera un acto travieso, un Westbay probablemente no enfrentaría problemas graves. La Familia de Damien donaba miles de coronas a la Universidad cada año, después de todo.

Damien se acercó por detrás de Sebastien, quien aún permanecía mirando la puerta, y se adelantó para abrirla en su favor.

Sebastien lo miró desde arriba, desconcertado. “Westbay.”

De manera un poco incómoda, Damien explicó lo del pase de la puerta. No estaba acostumbrado a tropezar así, ni siquiera con su padre. Al menos, ya no.

Sebastien lo observó hasta que Damien sintió como si su piel fuera meticulosamente pelada, permitiendo que el otro joven viera su interior.

Con su habitual torpeza, Damien confesó su curiosidad por husmear. “Pensé que tal vez necesitarías algo de ayuda,” terminó con esperanza, intentando no mostrar lo mucho que la mirada de rechazo en Sebastien le apretaba el pecho. Sebastien había mantenido en secreto lo que fuese esto hasta ahora, probablemente porque no confiaba plenamente en Damien y no lo consideraba un amigo auténtico. “No te preocupes. Nadie me vio, y dejé mi ficha de estudiante bajo el mismo árbol donde tú dejaste la tuya,” añadió Damien.

Si Damien lograba que le dieran una oportunidad, estaba seguro de que podía demostrar que sería útil cuando lo incluyeran en sus planes. Podría ser un aliado leal para Sebastien. Sabía guardar silencio y mantenerlos alejados de problemas. Podría ser divertido.

Sebastien simplemente seguía observándolo, y aunque Damien conocía esa táctica—hacer sentir incómodo a la otra persona con silencio hasta que empezara a hablar, cediendo así la ventaja en la conversación—todavía no podía evitar hablar, como si sintiera que eso crearía una barrera entre él y aquella mirada de ojos negros.

Pero solo consiguió enfurecer más a Sebastien al husmear en asuntos mágicos familiares que deberían ser reservados.

Damien temía que Sebastien fuera a rechazarlos o cancelar todo esto — lo que estuviera siendo — por completo, cuando alguien del nivel superior en el colegio bajó por las escaleras, y de repente Damien tuvo la oportunidad perfecta para salvar la situación, disipando cualquier sospecha y enviando a aquel hombre con gratitud por haberlo encontrado, un Westbay.

Sebastien lo miró con una expresión de resignada aprobación. “Útil,” admitió.

Damien sonrió, rebotante de satisfacción, aunque intentó mostrarse modesto. “Gracias. El nombre, en ocasiones, resulta bastante práctico. Pero, ¿para qué estamos aquí?”

“No hagas preguntas. De hecho, ni hables,” respondió Sebastien.

Eso solo aumentó la curiosidad de Damien, aunque a la vez le resultaba algo más satisfactorio. Era lo suficientemente inteligente y observador como para deducirlo por sí mismo.

Sebastien hizo un gesto imperioso para que Damien abriera la puerta.

Sin pensarlo mucho, Damien empezó a preguntar hacia dónde iban, pero se cortó con una sonrisa.

“Eres un idiota,” dijo Sebastien.

La primera reacción de Damien fue una ira inmediata al insulto, pero rápidamente se recordó a quién era conociendo. La lengua de Sebastien Siverling era casi tan mordaz como la del Profesor Lacer, y los insultos salían de su boca casi sin pensar, sin intención consciente de ofender. Sin embargo, Sebastien lo había aceptado como compañero en esta pequeña aventura, y Damien pudo ver un destello de diversión en sus ojos. Sus verdaderos amigos tendrían que entender que no debía tomarse a pecho sus palabras, sino reconocer la intención que había detrás. Pero Damien no quería parecer un súbdito sumiso. “Y tú eres un puercoespín,” susurró.

Sebastien no respondió, y Damien tuvo una pequeña epifanía. ¿Tal vez los insultos menores no buscaban ofender? ¿Sería que las riñas de Sebastien eran su forma de bromear entre amigos?

Damien asintió para sí cuando Sebastien no lo miraba. Sí, Sebastien podía ser un genio con habilidades sociales algo deficientes, pero también tenía interés en las historias detectivescas, una ética laboral agotadora y un corazón oculto que lo alentaba a sanar a Damien a riesgo propio, a ofrecer consejo a Alec—a quien odiaba—y a permitir que estudiantes cuyos nombres Damien seguros Sebastien ni siquiera recordaba, escucharan cuando Sebastien les daba clases a él y a Ana.

En realidad, Sebastien probablemente se sentía bastante solo. Exceptuando a Ana y Damien, comía solo, estudiaba solo y se movía en secreto haciendo cosas emocionantes... solo. La única otra persona con la que había visto a Sebastien hablar por su propia voluntad durante más de sesenta segundos era su enlace estudiantil, Newton Moore. Realmente, era triste.

Damien no podía culpar a Sebastien por no haber sido debidamente socializado. Debía ser muy difícil relacionarse con los demás como el único genio en una pequeña ciudad rural como Vale. Probablemente, la vida allí había sido agobiante, y eso tal vez había contribuido a que Sebastien desarrollara esa fachada tan a la defensiva. Si además era pobre, la envidia por la buena fortuna de los que lo rodeaban quizás también jugaba un papel, por más insignificante que pareciera. Incluso los genios podían ser capaces de pequeñeces.

La reflexión de Damien terminó al ingresar en el cuarto piso de la torre. Un equipo de agentes con tres prognos realizaba un hechizo de adivinación en el entramado de hechizos de la Universidad. Eso solo ocurría cuando su propia red no era lo bastante potente.

Sebastien se colaba para observar a los agentes en una investigación activa. ¡No podía ser más perfecto si Damien hubiera inventado la idea él mismo!

Sebastien lo condujo rápidamente a una oficina lateral vacía, sin que nadie se diera cuenta.

Damien envidiaba ese hechizo de sigilo, con el corazón latiéndole con fuerza mientras se apresuraba a seguirle, esperando que ninguno de los agentes o profesores los viera y los delatara a ambos. Desde la ventana, observaban a los hechiceros. ¿Quién o qué era su objetivo? Damien se dio cuenta de que había murmurando en voz alta sus pensamientos, pero Sebastien permanecía en silencio. Damien se alisó el cabello, intentando recuperar la calma. “Tengo un hechizo que puede mejorar la audición. Quizá podamos... escuchar sermos testigos en silencio.”

La atención de Sebastien en la pregunta fue suficiente respuesta para Damien, que rápidamente preparó el hechizo que su hermano le había enseñado como recompensa por sacar tan buena nota en los exámenes de ingreso a la Universidad. “Están cantando. Para el hechizo. Es avanzado. No había oído nada igual.”

Cuando Damien escuchó las palabras “Reina Cuervo”, entendió por qué el chico, normalmente respetuoso de las reglas, se habría escapado para presenciar esto. “¿Están usando la visión remota para rastrearla... en este momento?” Era el caso del siglo, si no de la década, y tenían la oportunidad de verla ser localizada en persona. ¡Si tan solo pudieran estar allí para la captura...!

Sebastien lo miraba con intensidad, y justo cuando parecía que iba a decir algo importante a Damien, un movimiento en la puerta de la habitación captó su atención.

Con decepción, Damien dirigió la vista hacia la mensajera estudiantil, Canelo. Su cabello rubio sucio y corto parecía despeinado por el viento, y sus mejillas estaban enrojecidas.

Obviamente, había llegado apresurada, pero tras consultar la hora, volvió a subir por las escaleras.

Damien sintió lástima por ella. No tenía idea de lo que se estaba perdiendo.

Se concentró en Sebastien, esperando que continuara con lo que había estado a punto de decir antes de que ella llegara, pero en cambio, sonaron las sirenas, tan fuertes para el oído agudizado de Damien que pareció un golpe. Era la alarma de peligro de origen mágico, una advertencia para que todos buscáramos refugio. En ese momento, no podía haber peor oportunidad. El hechizo de adivinación tendría que detenerse y comenzar de nuevo desde cero cuando fuera seguro, y quizás no tendrían oportunidad de seguir viéndolo en ese instante.

“¿Otra vez? Ni siquiera han pasado dos semanas desde la última. Esto es terrible, no pueden seguir lanzando hechizos en una emergencia en toda la ciudad. Estoy seguro de que de haberla atrapado, ya lo habrían hecho. Hay un refugio en el primer sótano. Tendremos que refugiarnos allí.” Pero, por otro lado, podría haber sido peor. “Oye, quizás hablen sobre la investigación. Podríamos aprender algo interesante.”

Cuando se preparó para unirse a la evacuación, Sebastien lo detuvo, pero tras un momento de duda, retrocedió. “No importa. Adelante,” dijo Sebastien.

Los ojos de Damien se entrecerraron. “¿No vienes?”

“Antes tengo que hacer una cosa.”

“Entonces yo también me quedo.”

“Lo que haya activado esas sirenas puede estar en cualquier parte. Quizá no sea seguro. Apostaría a que en la Universidad hay más Anómalos que en el resto de la ciudad. Tantos taumaturgos en un área relativamente pequeña. Tú deberías conocer las cifras. Tu Familia controla a los policías, ¿verdad?”

Sebastien tenía razón, pero los edificios de la Universidad eran bastante resistentes, y los profesores eran los mejores en sus campos, lo suficientemente hábiles para resolver rápidamente cualquier problema que hubiera activado la alarma. “No voy a perderme esto. La curiosidad me mataría. ¿A menos que me prometas contarme qué descubras?”

“Lo prometo.”

Damien quiso golpearlo. “Estás mintiendo. Solo fingirás que no encontraste nada interesante si no voy contigo a verlo con mis propios ojos. De otra forma, me habrías incluido desde el principio en esto.”. Hizo una mueca, mirando hacia otro lado.

Sebastien era demasiado desprevenido para pedir disculpas y, peor aún, actuaba como si Damien fuera el que estaba equivocado. “No somos amigos, Westbay, y todavía no he visto que hagas algo útil aparte de presumir el nombre de tu Familia. No tenía motivo para involucrarte en esto.”

El repentino dolor causado por esas palabras se transformó rápidamente en enfado. “¿Así que sabías sobre los tokens para pasar la puerta? ¿Tenías un hechizo útil para escuchar lo que decían? Puede que no sea un prodigio de una sola generación, pero no deberías subestimarme. Me quedo aquí.” Damien cruzó los brazos sobre el pecho, fulminando a su acompañante con la mirada.

Se escabulleron hacia el pasillo vacío, asomándose por las ventanas de la sala de adivinación. Damien se preguntaba cuánto le costaría llegar a ser lo suficiente competente para lanzar un hechizo tan poderoso, si alguna vez podía. Como humano, no tenía talento natural para la adivinación, y su padre ni siquiera aprobaba que tomara esa clase, pero al menos tenía la pasión. Esperaba que la Universidad no lo aplastara tanto como para tener que abandonar electivos en los próximos términos.

Estaba tan concentrado en la sala de adivinación, tan fascinante, que, al escuchar cómo la puerta de la escalera se abría de golpe, dio un salto. Quizá también soltó un pequeño chillido.

“¿Qué hacen aquí ustedes dos?” exigió Canelo.

“¿No oíste las sirenas? ¿Por qué no han evacuado?” preguntó.

Sebastien no era la persona adecuada para esta tarea, Damien lo sabía. Damien era el hablador, el que tenía influencia. Él debía tomar la iniciativa. Avanzó unos pasos, intentando imitar la autoridad natural de su hermano. “Oímos las sirenas. Estábamos en la Menagería cuando sonaron, y salimos corriendo, pero nos llevó un tiempo volver. La Torre del Águila es el primer edificio que encontramos, pero ya se habían ido todos cuando llegamos. Estamos buscando un refugio.”

Canelo se acercó lentamente, silenciosa y sigilosa como un gran felino. “Es subterráneo. Como todos los refugios.” Su tono dejaba claro que considerados idiotas.

Damien sabía que ella no era estúpida. La razón por la que estaban allí arriba era obvia y probablemente la misma que la suya. Le dirigió una mirada impasible, dejando que la comisura de su boca se levantara en una pequeña sonrisa, lo suficiente para mostrar que sabía que ella formaba parte de la broma. “¿De verdad? Pensé que estaría en el último piso. Ahí guardan las armas, ¿verdad?”

Ella, ya fuera de sí, no percibió la sutileza de su advertencia o simplemente decidió ignorarla, mientras rodaba los ojos con desdén. “¿Estás capacitado para enfrentarte a algo lo suficientemente potente como para justificar las sirenas? Si no, deberías estar refugiándote bajo tierra con todos los demás. Póde que seas un Westbay, pero solo eres un primerizo. Buscar gloria a toda costa solo te llevará a la muerte.” Soltó una risa amarga, alzando la vista hacia el techo. “Vamos, debemos irnos.”

“Yo no busco la gloria,” murmuró Damien con voz vacilante. No entendía por qué la gente solía acusarlo de eso, como si fuera un buscador de atención. En comparación con Alec y Rhett, él era un joven bastante discreto. Le gustaba ser querido, ser reconocido, pero no lo necesitaba.

Canelo tomó del brazo a Sebastien y tiró suavemente de él. “Vamos, si no están ambos en los refugios en los próximos sesenta segundos, les pondré una falta,” dijo con tono áspero y mordaz.

Entonces empezó todo.

Al principio, Damien pensó que Sebastien estaba lanzando un hechizo.

Se volvió hacia el joven de cabello platino, como un pez nadando entre miel, mientras el mundo parecía ralentizarse a su alrededor. Sebastien no estaba conjurando nada, ni siquiera su hechizo de sigilo, pero había en su rostro una intención cortante, similar a la de una lanza, que Damien nunca había visto antes.

De repente, Sebastien le arrolló, obligándolo a tambalearse y caer de espaldas en una puerta.

Canelo intentó avanzar también, pero terminó bloqueando el paso.

Fue en ese momento cuando algo los derribó sin piedad, y entonces, el techo estalló en pedazos.

Damien cayó debajo de Sebastien sin poder evitarlo, y ni siquiera intentó levantarse. Sebastien seguía con vida; Damien podía sentir su pulso y su respiración justo sobre su cabeza.

Intentó escuchar otros movimientos, por si acaso aquello que acababa de destruir el piso superior buscaba sobrevivientes y se movía sigilosamente.

Sebastien se levantó, una rodilla presionando dolorosamente su riñón.

Junto a él, Canelo gateaba en cuclillas, tosiendo y vomitando. Tenía una cicatriz distintiva en el antebrazo, pero la cubrió con vergüenza al notar que Sebastien la miraba.

Damien observó a Sebastien con curiosidad.

El otro joven parecía más interesado en la cicatriz que en la explosión y el posible peligro, y de repente, Damien comprendió lo extraño que era que Canelo hubiera estado en el piso del piso superior justo antes de la explosión. En realidad, parecía como si ella hubiera ido allí intencionadamente, justo antes de que sonaran las sirenas. Casi como si supiera cuándo iban a activarse, obligando a una evacuación y dejando a ella sola.

“¿Están ambos bien?” preguntó Canelo.

Damien levantó un pulgar, su mente demasiado ocupada en tratar de procesar la gran cantidad de sospechas para poder hablar.

“Sin heridas graves. Debemos movernos. Lo que sea que causó esto aún podría estar cerca,” afirmó Sebastien.

Damien aceptó la mano de Sebastien y se puso de pie. Se cubrió la cara con su bufanda, sintiendo de repente menos preocupación por la causa de la explosión y más por Canelo. Se acercó junto a Sebastien, manteniendo los ojos en la mujer.

Canelo negó con la cabeza, gritando por encima de la manga de su abrigo. “El piso superior se estaba usando para unos experimentos de alquimia. No debieron haber terminado de guardar lo que estaban trabajando, y por eso explotó. Pero los vapores podrían ser peligrosos, y el techo ya no está en buenas condiciones. Podría colapsar sobre nosotros en cualquier momento.”

“Que no respiremos, que no nos aplasten las piedras que caen,” murmuró Damien con cierto sarcasmo, tosiendo polvo. Canelo parecía demasiado segura de la causa de la explosión, en su opinión, lo que solo aumentaba sus sospechas. “Entendido.” Señaló a Canelo que liderara el camino hacia el refugio. Cuando ella volteó, miró a Sebastien con inquietud, pero fue ignorado.

En el refugio debajo, Canelo desvió las sospechas que enfrentaban hacia las personas que habían estado trabajando en el quinto piso antes de que sonara la alarma.

Sebastien se acercó a la pared y se recostó contra ella, algo oscuro y frío nadando tras sus ojos, como un kraken en las profundidades del océano.

Damien se deslizó junto a él, con pensamientos más que suficientes para ocupar su mente. Repasó sus memorias, tratando de juntar las pistas que tal vez había pasado por alto en aquel momento.

Tanya Canelo no era, en general, una persona sospechosa. Era capaz, contaba con la confianza del profesorado para ser asistente estudiantil, y del tipo de persona cuya competencia transmitía seguridad en lugar de intimidación—como podía ser en alguien como Sebastien. Era bastante atractiva para ser mujer, pero no lo suficiente para obtener favores. Provenía de una familia mejor que la de algunos que lograban ingresar, suficiente para que sus puntos de contribución

universitaria no se destinaran a pagar matrícula ni a objetos que pudieran venderse inmediatamente por coronas de oro para evitar que su familia pasara hambre. Sin embargo, no provenía de una familia lo suficientemente acomodada como para asegurarse un buen puesto al graduarse, aún así. No, todavía tenía que luchar por todo lo que conseguía.

Pero Sebastien sabía mejor.

Damien había pensado que Sebastien se colaba en la Torre del Águila por diversión, pero eso no era en absoluto así. No, Sebastien hacía algo mucho más serio, más peligroso y más absurdamente...maravilloso. Y tenía sentido por qué había estado tan frustrado y tan decidido a hacer que Damien se fuera. No porque no confiara en Damien, ni porque le desagradara tanto que no pudiera soportar pasar unos minutos merodeando con él, sino porque Damien no tenía idea de lo que ocurría y podía haber causado problemas reales. Aquellos que solo la palabra de un Westbay no podría solucionar.

Damien sabía que este debía ser un asunto grave, de esos que realmente no debería emocionarlo—y la gente podría pensar que algo andaba peligrosamente mal en él si empezaba a sonreír como un loco mientras se refugiaba de la magia descontrolada—, así que reprimió la urgencia de mostrar sus emociones rebeldes. Volvió a analizar las deducciones con una expresión seria.

Sebastien había estado realizando algún tipo de adivinación avanzada, y eso lo había llevado a la Torre del Águila en el momento justo en que los alguaciles buscaban a la Reina Cuervo—cuando Canelo entró para sabotear el intento.

¿La letra C que Canelo había recibido en hechizos? Eso había sido una pista. Una que Sebastien había notado, aunque Damien no. Esa había sido la respuesta del momento de revelación repentina en los dormitorios, cuando se apresuró a que Damien se marchara y salió tras Canelo.

¿De quién habría sido? ¿De alguien que sabía lo que los alguaciles estaban haciendo en la Universidad? ¿De alguien capaz de activar falsas alarmas de magia descontrolada?

Damien llevó sus rodillas al pecho, conteniendo un jadeo de comprensión. Canelo había mirado el reloj justo antes de subir las escaleras, y luego se había escondido hasta que la torre quedó despejada. Ella sabía.

Su corazón latía con fuerza en su pecho, y controló su respiración, acariciando con una mano temblorosa su cabello sucio y cubierto de polvo.

Sebastien había notado la cicatriz de Canelo. ¿Por qué era eso importante? En las historias de detectives, una cicatriz distintiva como esa solía ser la pista para encontrar a un sospechoso o pista que de otra forma sería imposible identificar. Sebastien había reconocido la cicatriz... pero le sorprendió verla en Canelo. Entonces, o Sebastien había encontrado antes a ella disfrazada y recordaba la marca distintiva, o reconocía el arma que había causado la lesión. Damien se abstuvo de especular sin una base sólida.

Excepto, él sí sabía que Sebastián había desaparecido de las residencias ese mismo fin de semana en que la Reina Cuervo hizo su última aparición. ¿Dónde había estado Canelo aquella noche? ¿La había seguido Sebastián?

Probablemente existían otras pistas que Damien desconocía por completo. Sin que Sebastián fuera sincero, no podía conocer los detalles, pero algunas cosas resultaban claras entre la neblina.

Canelo era, quizás, la Reina Cuervo—lo cual parecía poco probable por múltiples razones, a menos que toda su identidad fuese una especie de cobertura profunda—o, en su defecto, ella colaboraba con la Reina Cuervo en alguna capacidad. Al fin y al cabo, ella había protegido a la Reina Cuervo para que no la capturasen. Podría haber sido tan simple como que Canelo fuera chantajeada o amenazada para hacerlo.

¿Y Sebastián? Él investigaba a la Reina Cuervo, buscándola por su cuenta. Por eso había estado tan interesado en el caso. Damien suponía que Sebastián quizás quería atraparla simplemente por su interés en el trabajo de detective, y en ciertos aspectos eso encajaba con su personalidad—una curiosidad ardiente, insaciable—, pero de algún modo no se sentía correcto.

Damien recordaba el inútil Conducto de Sebastián. No había manera de que esa cosa pudiera canalizar toda la Voluntad de Sebastián. Sebastián podía ser de una ciudad rural como Vale, pero no era un simple ciudadano. A menos, que cuando Damien lo conoció por primera vez, ¿no lo había insultado por llevar un traje demasiado grande para él y además de un estilo anticuado? Había cuestionado alguna vez la situación económica de los Vilerling, pero a diferencia de Sebastián, Damien sabía lo suficiente de tacto como para no inquirir más allá de lo necesario. Damien alisó su cuello, apenas preocupado por la mugre que se incrustaba en su piel, debajo de sus uñas y en las esquinas de sus ojos formando diminutas bolas de barro.

Tal vez, la familia de Sebastián le estaba castigando, alguien lo estaba oprimiendo deliberadamente, limitando sus oportunidades, o simplemente no disponían de los recursos necesarios para brindarle mejor apoyo. ¿Sería posible, de alguna manera, que la familia de Sebastián hubiera atravesado tiempos difíciles? Quizás habían invertido toda su riqueza en su hijo prodigio, cultivándolo con sus últimos recursos con la esperanza de que lograra devolverles a la gloria que perdieron. O quizás un tío o un padrastro temía que Sebastián creciera y usurpase su lugar. Tendría que investigar sobre los Vilerling.

Si fuera cierto—y no hubiera alguna razón aún más exagerada detrás de todo esto que Damien no hubiera percibido, como que Sebastián fuera un agente encubierto de la Guardia Roja—, entonces Sebastián buscaba a la Reina Cuervo para obtener la recompensa. Que ya superaba las quinientas coronas de oro. Más que suficiente para un Conducto mejor.

La tercera opción era que Sebastián lo hacía por gloria, reconocimiento. Para demostrar algo, o buscar algún tipo de venganza. Eso también encajaba en la naturaleza de Sebastián.

Damien observaba a su compañero de clase, aún absorto en sus oscuros pensamientos. Normalmente, habría llevado esa información directamente a su hermano mayor, Titús. Pero si Sebastián descubriera que lo había hecho, se destruiría cualquier posibilidad de que se convirtieran en verdaderos aliados. Sebastián quizá terminaría muriendo joven o logrando algo grande, igual

que Titús o el Profesor Lacer.

Como Damien deseara tener el talento que ellos poseían. Quizá no fuera como ellos, pero no necesitaba serlo, si podía mantenerse a su lado y ganarse su respeto. El poder se manifestaba en muchas formas.

Que toda aquella historia fuera sumamente fascinante, era solo un beneficio adicional.

¿Se ofendría profundamente Sebastián si Damien le ofreciera un Conducto mejor? Probablemente podría conseguir uno de los que usaba la Familia, los que Titús había superado. Por supuesto, cualquiera que notase el sello de Westbay pensaría que Sebastián era un vasallo de los Westbay, lo cual parecía justo el tipo de cosa que Sebastián odiaría, por lo que esa idea quizás no funcionaría.

Damien no estaba seguro de si la preocupación o la emoción dominaban su pecho palpitante, pero sabía una cosa con certeza. Sebastián necesitaría ayuda, y Damien era la persona perfecta para brindársela. Solo tendría que convencerlo de ello.

Revisión #1

Creado 8 julio 2026 13:18:29 por Edward Elric

Actualizado 8 julio 2026 13:18:39 por Edward Elric